

UN CAPRICHIO DE LA MEMORIA

Había de tener mucho cuidado para no resbalarse en la ladera de la colina. La helada de la noche anterior había sido de las que hacen época y toda la hierba espejeaba, cubierta de cristales blancos, al igual que el suelo desnudo; en las rocas se apreciaba menos, pero era igual de peligroso. Luis tanteaba el terreno, se fijaba bien dónde ponía los pies y ensayaba, pisando dos veces seguidas y muy rápidas para asegurarse de no dar un traspie. Ello podría suponer una caída, un accidente, quién sabe qué... eso no lo podía aventurar su mente infantil, madura para sus once años recién estrenados, pero infantil al fin y al cabo.

Él seguía bajando y bajando. Ya haría una media hora que llevaba descendiendo desde lo alto del collado. A lo que había que añadir otra media hora, al menos, desde su cabaña, siempre en subida, hasta el punto más alto del camino. El intenso frío y el cansancio estaban haciendo mella, a partes iguales, en su frágil cuerpo. El sol apenas tenía fuerza y eso que llevaba un rato en el horizonte, muy luminoso él, eso sí, pero sin garra, destilando luz y ambigüedad, como si los rayos fuesen más un fútil adorno que una realidad potente e incontestable. Estos iluminaban su pelo lacio, de un color trigo desvaído y hacían resaltar más las pecas de su carilla, flaca ella, pero graciosa. El gesto, en esos momentos, entre concentrado y adusto. Los ojos, pequeños y vivarachos, no paraban quietos, todo lo escrutaban: aquel milano sobrevolando el encinar, las nubes de caprichosas formas hacia poniente, una urraca en el claro, entre las chaparras, o ese guijarro puntiagudo sobre el que no convenía pisar.

En el bolsillo de su chaquetilla negra de pana vieja unos cuantos cordeles, de esos que se deshilachaban con facilidad; tanto uso se les ha dado que estaban para tirarlos. Pero no eran tiempos para despreciar aquello que fuese útil. Ni hablar de arrumar cuanto pudiera servir por simple que pareciese. La mano izquierda sujetaba una pequeña hacha, vieja y poco afilada. Tanto era su uso y tan rudimentarios los cuidados que sobre ella se aplicaban que la hoja presentaba numerosas mellas, además del desgaste lógico de su quehacer diario.

Estaba llegando Luis al lugar, al mismo lugar que las últimas veces. En esa zona, al hallarse en una hondonada del terreno, se sabía a resguardo de las miradas indiscretas de los cazadores. Luego podían ir con el chivatazo al guarda de la finca. No podía permitirse el lujo de regresar sin leña. Cortar, cuanto más mejor, en el menor tiempo posible; atarla en un santiamén con los cordeles y volver a la cabaña. Y se puso a la tarea. Ahora el sudor perlaba su frente y las manos le dolían.

Luis tiene los ojos cerrados, se diría que dormita sentado en el sofá del salón. El moderno televisor de LCD vomita noticias en la sobremesa pero Luis no las escucha. Su hijo se prepara para ir al trabajo y se acerca para darle un beso en la frente. Padre, duerme usted, le pregunta. No hijo, estaba acordándome del día que más leña cogí y me pilló el guarda. No sé si te lo he contado. Sí, padre, me marchó, nos vemos a la noche. La noche llegó para Luis antes del ocaso.

Jesús-Antonio Peñas Navarro